

PUNTOS DE VISTA

Heraldo de Aragón Domingo 14 de febrero 2016

FURIA ATÓMICA

JESÚS MARÍA ALEMANY

El 6 de agosto de 1945 bombarderos estadounidenses desataron la furia nuclear sobre la ciudad de Hiroshima en Japón. Fueron 166.000 muertos y la destrucción total, que luego se repetiría en Nagasaki. Estados Unidos ha sido el único país del mundo que ha lanzado un ataque nuclear, recordado cada año por una campana suplicante de la paz en Japón. Pedro Arrupe era maestro de novicios jesuitas en aquella ciudad y debió superar el trauma, recuperar su carrera de medicina y convertir el noviciado en un hospital que acogió piltrafas humanas de entre las ruinas. Arrupe, fallecido ahora hace 25 años, confesó que Hiroshima cambió su vida. Aquella experiencia le creó una sensibilidad a la injusticia que le acompañó el resto de su trayectoria.

La furia atómica no ya pensada sino realizada debió haber llevado a una abolición total de las armas nucleares. Pero desde los años 1950 bombarderos estadounidenses B-52 cargados con armas nucleares sobrevolaban día y noche el planeta. La estrategia de la Guerra Fría se llamaba “Mutua Destrucción Asegurada”. El 16 de enero de 1966, un B-52 con cuatro bombas termonucleares de 1,5 megatones (100 veces más potentes que la bomba de Hiroshima) chocó sobre territorio español con el avión cisterna que lo abastecía de combustible. Las cuatro bombas se desprendieron. Dos se recuperaron intactas, otras dos incendiaron su paracaídas e impactaron contra el suelo. Palomares es un nombre fatídico que nos recuerda a los 50 años lo que allí ocurrió. O mejor dicho, lo que el baño de Fraga allí nos ocultó.

Años más tarde una joven y menuda médica, bilbaína ella como Arrupe, quiso dedicar su tesis doctoral a los efectos nucleares de Palomares en los organismos humanos y sobre todo en la sangre. Encontró todas las puertas cerradas. En vano visitó archivos, buscó datos, se entrevistó con responsables de los ministerios y de entes locales. En Palomares no había pasado nada. A pesar de las dificultades siguió una investigación que pretendía prevenir el peligro de lo nuclear en la salud humana. Su tesis doctoral se tituló “La inducción de micronúcleos en los linfocitos humanos: Dosímetro biológico de la acción de las partículas alfa del plutonio-239”.

Aurora Bilbao, profesora de Anatomía y Embriología Humana en la UPV, científica soñadora y rebelde a quien llamábamos cariñosamente la hormiga atómica, coordinó en España la Asociación Internacional de Médicos para la Prevención de la Guerra Nuclear. Los médicos saben lo que es la guerra, no sólo los militares. Dos de ellos, Pedro Arrupe y Aurora Bilbao, parecen testigos de un mismo sueño: abolir las armas nucleares.